

tantas veces había sucedido, que varias medidas importantes seguirían de cerca al regreso del jefe del Estado.

En cuanto á recursos seguía tan mal el Imperio, que á fines del mes de Julio (1865) en una nota dirigida por el Mariscal Bazaine á Maximiliano, se quejaba de que, respecto á la hacienda pública no se hubiera reconocido en los agentes franceses, sino poderes irrisorios que no les permitían ejercer acción alguna útil, ni sobre la entrada de fondos al Erario, ni sobre el empleo de ellos en las administraciones locales, y que se oponía resistencia á cualquiera inmisión francesa, calificando de extraña la que pretendían ejercer los expedicionarios.

Entretanto se verificaban varias prisiones de liberales con motivo de una conspiración que se aseguró iba á estallar en la Capital. Los presuntos conspiradores fueron á los pocos días puestos en libertad, sin entrar en explicaciones sobre lo sucedido, indicando esto la alarma que infundían en el gobierno imperial los peligros aun imaginarios, no obstante que la disposición emanó exclusivamente del Mariscal Bazaine, mientras que Maximiliano iba á visitar los minerales de Pachuca.

A causa de los desórdenes que se notaban en la capital y de algunas reuniones clandestinas se verificaron muchas prisiones en México y Tacubaya, y se dictaron severas medidas contra personas que hasta entonces habían dado pruebas de adhesión al Imperio.

El plan estaba ramificado en algunas poblaciones cercanas á la capital, pues en una carta de Toluca, interceptada y fechada el 11 de Agosto, se recomendaba á la persona á quien se dirigía, cuidara mucho de los resultados que pudieran provenir del movimiento que iba á estallar en México.

Maximiliano concedió privilegio para el establecimiento de algunas líneas telegráficas y nombró comisario imperial de Sonora al General D. Manuel Gamboa, el 13 de Junio. En el siguiente mes comenzaron en el Palacio los bailes de la Corte, á los que asistieron el Mariscal Bazaine y los ministros extranjeros.

Maximiliano decretó la formación de una compañía de Gendarmes Imperiales, como base para organizar la legión ya decretada. Dicha compañía debía residir en México y se compondría de 182 individuos. Declaró al puerto de Tuxpam habilitado para el comercio de altura y por otra ley prescribió lo que debía hacerse con los capitales que pertenecieron al clero y eran reconocidos sobre fincas. Las propuestas de enganche para el servicio de la Legión extranjera, se recibían cualquiera que fuese la nacionalidad de los pretendientes, que para obtener las noticias que desearan, debían dirigirse al comandante del Depósito de dicha Legión.

Los guerrilleros aparecían aún en las cumbres de Maltrata, y varios extranjeros, principalmente franceses, se constituyeron en jefes de esas bandas que tantos perjuicios ocasionaban, principalmente á las poblaciones cortas. Las diligencias eran asaltadas con mucha más frecuencia que antes, y el bandidaje creció considerablemente en este último tercio del año.

En la misma capital del Imperio eran continuas las alarmas provenientes de rumores esparcidos acerca de conspiraciones que estaban próximas á estallar. El sábado 19 de Agosto se perturbó el orden á tal grado, que los jefes franceses creyeron necesario tomar serias precauciones para contrariar los planes que, se daba por seguro, iban á desarrollar los conspiradores contra la Intervención y el Imperio. En algunos barrios se reunieron grupos de descontentos; pero bastó que se duplicara el número de patrullas y la aprehensión de dos ó tres individuos, para intimidar á los que pretendían amotinarse. (1.)

Un alzamiento era en aquellas circunstancias, de imposible realización, debido al número, calidad y carácter de las tropas que ocupaban la Capital, y á la situación respectiva de los partidos, que hacían ilusorios aun los simples conatos de un pronunciamiento formal. Las fuerzas francesas, austriacas y belgas, consideradas en agrupación, estaban fuera de toda posibilidad de cohecho, y por este lado era seguro que encontraría la muerte el que pretendiera alterar el orden establecido.

Proscritos y eliminados del gobierno los conservadores y los liberales como partido, no había en la capital una fuerza capaz de contrariar la que constituían los extranjeros sostenedores del Imperio. Además, los conservadores sabían perfectamente, que en la extremidad de un camino diferente al que habían seguido, los esperaba el cadalso ó el destierro, y los liberales tenían por seguro que el triunfo era tan solo ya obra del tiempo, siendo visible el aumento diario de sus fuerzas y la actitud de los Estados-Unidos, de la que surgían á cada paso dificultades para la Intervención y para Maximiliano.

El cuerpo expedicionario francés que llegó á cuarenta mil hombres, había disminuido considerablemente en el mes de Agosto, contando ahora cerca de veintiocho mil únicamente, correspondientes á veintiún batallones de infantería, trece escuadrones de caballería, ocho baterías y algunos zapadores, y aunque llegaron refuerzos en la segunda mitad de este año, no fueron en suficiente número para cubrir las muchas bajas de consideración, ocasionadas por los combates, las enfermedades y el licenciamiento de soldados que cumplían el tiempo de servicio. La legión extranjera iba á elevarse hasta doce mil hombres; pero sufría bajas más considerables que las del cuerpo francés, y se había colocado á belgas y austriacos en climas mortíferos y puéstolos al frente del enemigo en los lugares más expuestos. En cuanto á los auxiliares mexicanos, eran en reducido número; aun no se había conseguido la organización de un ejército nacional, siendo tan solo notables la división Mejía que ocupaba á Matamoros, la brigada de Oronoz en Colima y la de Méndez en Michoacán. Tan

(1) Los rumores referían, que en la noche citada serían incendiados diversos puntos de la ciudad, y que á favor del incendio habían de introducirse bandas de malhechores en determinadas casas, para saquear y cometer actos de acción popular. Se comprende que la alarma producida fuese en alto grado, y que se tomaran todas las medidas para evitar que se verificara lo que se anunciaba; la policía ejecutó algunas prisiones en los barrios recorridos toda la noche por numerosas patrullas.



corto número de tropas extranjeras y nacionales, era insuficiente para dominar la insurrección que se había generalizado.

Ya en Tabasco y Chiapas se consideraban los republicanos libres de ser atacados y empleaban los elementos de aquella rica región en prepararse para nuevas luchas, ó en proporcionar auxilios á las fuerzas que operaban en sus inmediaciones, entre las cuales se distinguían las que mandaba el general D. Alejandro García en la costa de Sotavento y que servían de apoyo á las que excursionaban por Zongolica, Huatusco y otros puntos que á veces estaban ocupados por imperialistas y á veces por republicanos. Estos tiroteaban constantemente á los carruajes que recorrían el camino entre Córdoba y Orizaba; también servían las fuerzas de Sotavento para sostén de las que excursionaban en el Estado de Oaxaca, donde el jefe Figueroa derrotó una fuerza de austriacos, quitándole el dinero que conducía.

Las costas del Pacífico se podían considerar dominadas por los imperialistas; el puerto de Acapulco, centro de los republicanos, fué ocupado en el mes de Septiembre por quinientos de los primeros al mando del general Montenegro, al amparo de los buques franceses, retirándose las fuerzas de los Alvarez á inmediaciones del puerto, para impedir la entrada de víveres y hostilizar á sus contrarios.

El ejército extranjero que sostenía al imperio de Maximiliano, además de los franceses, contaba ocho mil austriacos y cuatro mil belgas, y entre los franceses había egipcios y turcos, siendo algunos africanos de apariencia atlética; de color sumamente oscuro eran los abisinios, su traje asemejábase al de los zuavos, estaban armados con fusil y sable-bayoneta, y servían para dar guarniciones en la tierra caliente.

Se habló mucho del ejército que con mexicanos debía formarse y nada se llegaba á arreglar. Lo mismo pasaba con la hacienda pública; en vano se trató de su arreglo y de la necesidad que había de una copiosa emigración, nombrándose comisiones para estos asuntos, porque no podía haber hacienda ni emigración extranjera, mientras no hubiera paz y hasta que la seguridad personal y de los bienes fuera un hecho práctico y no una declaración contenida solamente en el texto de las leyes.

La existencia y multiplicidad de las guerrillas paralizaba todo proyecto útil. El desorden había llegado á tal grado, que los mismos jefes de las fuerzas republicanas se empeñaron en perseguir y extirpar á varias guerrillas.

La Emperatriz Carlota, que se mezclaba muy activamente tanto en los negocios militares como en los civiles, hacía muy poco aprecio del elemento indígena, convencida de que con los franceses bastaba para todo. Habiendo aconsejado el prefecto de Tulancingo que se proporcionaran armas y dinero á los indígenas, y que se establecieran guarniciones fijas en que estos se apoyaran, la Emperatriz pidió su opinión á Bazaine, asegurándole que en cuanto á dinero, el gobierno no daría cantidad alguna.

Las grandes dificultades con que tropezaba á cada momento el gobierno del

Imperio, impedían llevar á cabo los proyectos respecto á Tabasco y Yucatán. En Campeche hacía estragos entre los austriacos la fiebre amarilla, arrebatando la muerte á jóvenes lozanos y vigorosos que hallaron olvidado sepulcro en aquellas cálidas arenas; aun el Dr. Neubert, prusiano, encontró eterno reposo en el cementerio general de ese puerto; había tomado plaza en su clase de médico, en el cuerpo de voluntarios austriacos al servicio de México, con el grado de capitán. Fué preciso que la compañía austriaca que guarnecía á Campeche, pasara á Lerma, población cercana, en busca de aires saludables, y que se estableciera allí un hospital; otra parte quedó en la casa llamada de Beneficencia, porque con la división disminuirían los estragos de la fiebre. El hospital fué establecido expresamente para los austriacos, por filantrópicas señoras del mismo Campeche, considerando que no estaban bien los enfermos en el de San Juan de Dios.

Desde la proclamación del Imperio, había tenido Campeche dos veces guarnición de extranjeros; la primera fué de una compañía de martinicos al mando de Mr. Lardy, y la otra de ciento sesenta austriacos que fueron atacados por la fiebre, al grado de casi haber concluido, viéndose obligados al fin los que sobrevivieron, á buscar tierras altas libres de la enfermedad que los azotó con excepcional rudeza. Esta compañía de austriacos fué también disminuida por las balas de los republicanos, en las tres veces que acudió al Departamento del Carmen, pereciendo algunos en la acción de Jonuta al lado de franceses y mexicanos imperialistas, en combates contra las fuerzas de Tabasco.

Instalado el Consejo de Gobierno departamental, en Yucatán, se dictaron las disposiciones relativas á los preparativos para recibir al Emperador, que prometió ir en el próximo invierno. Con anticipación se reunieron artefactos, producciones nacionales, animales raros y todo lo curioso y útil que pudiera dar idea de los elementos de prosperidad que encerraba el territorio yucateco.

El Comisario Imperial hizo un viaje al Sur de esa Península y dotó á la ciudad de Tekax, de una noria perfeccionada por el ingeniero Manuel Rivera, el mismo que planteó allá el telégrafo y comenzó la apertura de un pozo artesiano en Mérida. En esta ciudad se montaba el hospital de una manera brillante; en la ciudad del Carmen se reconstruían el muelle y el faro, y en Campeche se hacían varias mejoras.

A fines de Julio regresaba á Mérida, después de ocho meses de ausencia y de residir en la capital del Imperio, el general D. Felipe Navarrete que iba á prestar sus servicios á las órdenes del general Castillo, comandante de la 7ª División militar. Conducía trece mil pesos destinados al vestuario de las tropas, remitidos por Maximiliano. Este daba á la vez las gracias por cierto número de objetos industriales con que le obsequió el Ayuntamiento de Mérida, representado en la capital del Imperio por D. Alonso Peón de Regil.

El General Santa-Anna volvía á llamar por entonces la atención pública. Se supo en México, á mediados de Agosto, que este general ofrecía al comité juaris-



ta de Nueva York, venir á México y tomar el mando en jefe del ejército republicano para derrocar el Imperio. El ministro Romero y los emigrados mexicanos en la vecina República del Norte, desearon la oferta.

El general Santa-Anna llevaba mucho tiempo de no representar sino una personalidad desacreditada; hacía diez años que había dejado de ser el jefe de un partido, su espada ya no era temible para nadie; había perdido el hábito y el don del mando y aún el carácter astuto y atero que en otra época lo caracterizara, siendo ya para muy pocos aun la enseña del ejército regular. En consecuencia, su pronunciamiento contra el Imperio nada tuvo de temible, y la única significación que pudo habersele dado fué, la de que llegaba el momento en que despertaban todas las ambiciones desengañadas y las esperanzas decepcionadas, viéndose próximo el triunfo de los republicanos.

El Manifiesto revolucionario á cuyo pie puso su nombre el ex-dictador de México, fué sospechado con razón de apócrifo; pero el Sr. Vidal y Rivas, íntimo y estimado amigo del general Santa-Anna, dió público testimonio de la autenticidad del documento en que se hacía la invitación sediciosa. El general aseguró que iba á hablarles á los mexicanos con la sinceridad de siempre y que nunca los había engañado; que si se adhirió el Imperio de Maximiliano, fué porque lo creyó verdaderamente popular y llamado á hacer la felicidad de los mexicanos; pero que convencido de su equivocación, y al ver burladas las esperanzas del pueblo, ultrajada la dignidad nacional, escarnecida la justicia, esclavizado el pensamiento, la prostitución ensalzada, la virtud escarnecida, los altares enlutados y la Iglesia sumida en crueles tribulaciones, no podía menos que gritar: ¡guerra á los invasores! ¡Abajo el Imperio! ¡Viva la República! (1)

La prensa norte-americana despreció el Manifiesto, tomándolo por el lado ridículo y el *Times*, órgano de Mr. Seward, dijo que el documento y el autor transcendían á picardía, dolo y ambición pretensiosa, y que la presencia de Santa-Anna en México, serviría solamente para aumentar el desorden, pues pertenecía á la clase de los ambiciosos revolucionarios, egoistas y trapisondistas que durante los últimos cuarenta años habían hollado la libertad proclamándola, y sumido á la Patria, cada día más, en el abismo de donde decían que procuraban sal-

(1) Después de excitar á liberales y conservadores á olvidar sus antiguas rencillas y á unirse contra el enemigo común, pretendió explicar el ex-dictador los motivos que tuvo para declararse monarquista al aceptar á Maximiliano, un año antes. "Es verdad, dijo, que en mi manifiesto del año pasado, declaré que la monarquía constitucional era la última palabra de mi conciencia y de mis convicciones; pero recordad también, que no soy enemigo de la democracia, sino de sus excesos, y no olvidéis que yo soy el fundador de la República."

Quejábbase de la arbitrariedad y la descortesía con que le cerraron las puertas de la Patria, cuando iba á ayudar de buena fe al nuevo gobierno, y dijo que el decreto por el cual le expulsaron, estaba escrito en un idioma que no es el que hablaron sus antepasados, y que si "reconoció la Intervención francesa, fué cediendo á la fuerza de las circunstancias y no á su propia voluntad." Ofrecíase, aunque anciano, á combatir contra el Imperio aun como soldado raso; y si no le permitían las circunstancias realizar este deseo, se conformaba con esparcir públicamente sus sentimientos."



*El Cardenal G. Antonelli*

SECRETARIO DE ESTADO DEL PONTÍFICE PIO IX.

Aceptadas y sostenidas por el Emperador Maximiliano de Hapsburgo las leyes de Reforma, chocó con Monseñor Meglia, Nuncio enviado á México por la Corte Pontificia. En consecuencia el Cardenal Antonelli, en su calidad de Secretario de Estado, se negó á recibir oficialmente á la comisión presidida por D. Joaquín Velázquez de León y enviada á Roma en solicitud de un Concordato. Invitado Monseñor Antonelli á un banquete dado por el Embajador mexicano, rehusó asistir, lo mismo que otros altos dignatarios de la Iglesia. El fracaso de la comisión mexicana fué desde entonces notorio. En Roma se impidió la celebración, en la Iglesia de Jesús, de un Te-Deum en obsequio del Príncipe que imperaba en México, y favorecía la desamortización de los bienes eclesiásticos.